

DISCURSO

Pronunciado en los funerales del Sr. Dr. D. Juan María Rodríguez.

Más apaga mi voz el dolor que en mi alma ha producido tu partida, que aquella natural emoción que experimenta el que, como yo, se siente débil y pequeño para expresar los sentimientos de una sabia Corporación, que ha perdido á uno de sus más ilustres miembros.

Enumerar tus sabias investigaciones; analizar tus eruditos trabajos; señalar, siquiera sea someramente, tus conquistas en la grandiosa y noble lucha por alcanzar la verdad; y, en una palabra, hacer resaltar tus merecimientos para que los hombres te declaren hijo preclaro de la ciencia, ni es oportuno y sí tarea muy superior á mis escasas fuerzas. ¡Que otros labios más eruditos y dignos desempeñen cumplidamente tan ardua empresa!

El Sr. Dr. D. Juan María Rodríguez fué un verdadero sabio, y nadie habrá que pueda tachar de menguado elogio mi calificativo; pues allí quedan para atestiguarlo y enaltecer sus méritos, sus laboriosos, eruditos y múltiples trabajos que engalanan nuestra *Gaceta Médica*.

En las luchas científicas fué siempre aguerrido é indomable combatiente; aunque su espíritu recto y enérgico sembró en el campo contrario animadversión y recelo. Mas hoy que su voz ha enmudecido para siempre, y yace aquí en el reposo de la muerte, las humanas pasiones enmudecen, y sus mismos contrarios, poseedores

de esas virtudes que caracterizan al médico mexicano, la justicia y la honradez, proclaman sus merecimientos y lloran su pérdida.

En las aulas quedan reinando el luto y la desolación. Las últimas palabras del maestro se repiten con respeto; porque para todos trabajó, investigó y propagó sus doctrinas hasta su postrer aliento. ¡Todos debemos una lágrima á su memoria, y justo es que todos le lloren, pues todos lo hemos perdido! Y si es que vosotros, señores, venís con la misma intención que yo, ayudadme á depositar sobre su tumba la corona de sabio, conque hoy adorna su pálida y yerta cabeza la Academia N. de Medicina.

¡Descansa en paz, venerable maestro y compañero! ¡Ojalá alcancemos, cual tú, despertar la admiración de los hombres, y descansar para siempre en el seno de Aquel, para quien no hay tiempo ni espacio y es la misma verdad infinita!

J. P. GAYÓN.
